



Fome, barro y sueños: el taller donde Valentina se inventa el mundo



Valentina Rueda Correa tiene 20 años, pero su alma ha vivido muchas vidas a través del arte. Su historia no comienza con una inscripción en una escuela ni con una clase formal de dibujo, sino en la sala de su casa, pegada al regazo de su mamá, moldeando figuras con pedacitos de Fome que le sobraban del trabajo. “Yo le ayudaba a dibujar y con lo que ella no usaba, hacía muñequitos. Ahí empecé”, cuenta con una sonrisa que es mezcla de ternura y fuego.

Creció en un hogar de mujeres valientes. Vive con su papá y su hermana, mientras su mamá sigue tejiendo historias en otra ciudad. Desde séptimo grado, cuando visitó por primera vez la Escuela Municipal de Artes y Oficios —la EMA— supo que ese lugar tenía algo especial. “No pude entrar en ese momento, pero nunca lo olvidé”, recuerda.



A los 16 años terminó el colegio y no lo pensó mucho: se lanzó al arte. Ingresó a la Universidad Industrial de Santander a estudiar Artes Plásticas y, tiempo después, volvió a donde todo había comenzado en su mente: a la EMA. Porque cuando el corazón late por lo mismo en dos lugares, no se elige, se suma.

“En la universidad todo era muy teórico al principio. Historia del arte, sí, pero yo quería hacer cosas con las manos, ensuciarme, experimentar”, confiesa. Y fue esa sed de materia y movimiento lo que la trajo de nuevo a este refugio de creación. Aquí, entre hornos de cerámica y prensas de grabado, encontró lo que le faltaba: libertad.

A Valentina le gusta madrugar. Se levanta a las seis, desayuna, revisa sus pendientes y se alista para sus clases. No se queja del ritmo: lo vive como parte de su vocación. Lo que le mueve, más allá del dibujo o la escultura, es la posibilidad de comunicar. “Para mí el arte es todo lo que logra tocarte, emocionarte, moverte por dentro”.

Y aunque aún no termina su carrera, ya tiene un sueño claro: montar un taller propio. No uno cualquiera, sino un lugar que combine naturaleza, comunidad y arte. “Quiero que sea un espacio donde otras personas, que de pronto no han tenido las mismas oportunidades, descubran su vocación a través del arte. Que se sientan libres. Que se sientan felices”.

Valentina no solo quiere vivir del arte: ya lo está haciendo. Lo reconoce sin arrogancia, con la humildad de quien sabe que los sueños se trabajan, se moldean como barro. Y que si se cuidan con amor, pueden sostenerse. “Sí, es difícil, como cualquier otro sueño. Pero también es posible. Con mentalidad y esfuerzo, se logra”.

Para quienes aún dudan si vale la pena arriesgarse por lo que aman, Valentina lanza una frase sencilla y poderosa “Que se den la oportunidad. Se van a enamorar. Aunque haya momentos duros, el arte siempre te salva.”

Oficina de Prensa y Comunicaciones Escuela Municipal de Artes y Oficios de Bucaramanga -EMA-